

Biblioteca comunitaria La Alegría

Tolú, Sucre – Colombia

Irene Vasco

Fragmento de charla para

Para Editorial Juventud, En la celebración de los aniversarios de diversas instituciones que se dedican desde hace años al fomento de la lectura

Mayo 12, 2020

(Ver fotos al final del texto)

Desde el año 2000, lidero una biblioteca comunitaria en una población de pescadores en el Caribe colombiano: en Tolú, Sucre: Biblioteca La Alegría.



LA ALEGRÍA

**COLOMBIANOS
QUE SE UNEN**

Con el paso de los años, la biblioteca se ha convertido en un territorio de paz. Esta es su historia:

En la costa Atlántica de Colombia, más puntualmente, en el Golfo de Morrosquillo, hay un municipio llamado Santiago de Tolú, fundado hace casi 500 años por los españoles.

A 5 kilómetros del casco urbano, se encuentran las hermosas playas El Francés. Ahí vivo.

Hace tiempo, en El Francés y sus alrededores había mucha comida: peces, mariscos, plátano, yuca, mangos, guayabas y otros frutos del mar y de la tierra. Se podían tomar libremente. Los pobladores de los campos cultivaban y pescaban lo necesario para el sustento diario de sus hijos, que se multiplicaban y crecían con la brisa marina, muy lejos de las palabras escritas. Los mayores narraban y transmitían las tradiciones oralmente. Los niños aprendían a hablar, a pescar, a cultivar, sabiendo que en su entorno cercano se encontraban seguros y que sus posibilidades de salir de su hábitat eran remotas.

Hace pocos años se acabó la comida. Los mayores se quedaron en la playa, pero los jóvenes no se conformaron con reproducirse y ver crecer a sus familias en un medio cada vez más carente de alimentos, trabajo, salud, vivienda y oportunidades de trabajo. Los campos por los que transitaban, cazaban y cultivaban sus mayores, fueron privatizados y los colonizadores de otras regiones cercaron sus propiedades, dejando por fuera a los primitivos pobladores. Los grupos ilegales, abundantes en la región, con frecuencia reclutaban a los más jóvenes. El porte de armas, las mejores retribuciones económicas y una cuota de poder frente a las comunidades, atraían a los muchachos. Las niñas eran sacadas a la fuerza de sus casas para el placer de los narcotraficantes.

Por fortuna, estos delincuentes abandonaron sus mansiones por presiones policíacas. Desde entonces, la playa se ha ido llenando de cabañas construidas por profesionales del interior del país. Con su llegada, los habitantes ancestrales de El Francés se llamaron a sí mismo “nativos” y a los demás nos señalaron de “turistas”. Aparte de los servicios que los nativos prestaban, como cuidar y atender las cabañas, no había ninguna integración entre unos y otros.

En El Francés hay una escuela rural. Algunos niños asistían a ella, pero la deserción antes de terminar la primaria, sin saber siquiera leer, era frecuente. Los nativos, alejados de la escuela y sin contacto con libros o cualquier otro documento escrito, sólo tenían palabras transmitidas de boca en boca. Sin embargo, estas ya no eran útiles para las nuevas generaciones, con nuevas necesidades. La escuela rural se había estacionado en el tiempo. Maestros con buenas intenciones, pero con formación precaria, se esforzaban, hasta donde sus capacidades y el pobre presupuesto municipal les permitía, en lograr que los niños memorizaran los contenidos de los vacíos libros de texto.

En el año 2000, comenzó la transformación de esta comunidad. Carmen Antonia, un ama de casa nativa, con estudios hasta quinto grado de primaria, aceptó que yo le dejara una colección de cien libros para niños y jóvenes, escrupulosamente seleccionados. Cada libro tenía un código artesanal y su ficha de préstamo. Así mismo, se comprometió a leerles cuentos a los niños del sector una vez a la semana.

La primera hora del cuento la hice yo, para que Carmen supiera lo que esperaba en adelante. Nunca olvidaré la mirada de Carmen Antonia cuando le dije a los niños asistentes que podían llevar libros a sus hogares. “No, no, ellos los dañan, los pierden. No saben

cuidar nada.” “No te preocupes. Los libros volverán sanos y salvos, vas a ver”, le contesté, con absoluta convicción.

Con el paso del tiempo y la multiplicación de préstamos, Carmen verificó que los niños se sentían responsables de sus bellos ejemplares, iluminados con obras de arte. Cuando ocurría algún accidente - los libros son de papel – ellos mismos buscaban la manera de repararlos. Pronto, los libros iban y venían por la playa, entraban y salían de las casas y llegaban hasta el pueblo y a los corregimientos vecinos.

En un principio, los profesores sintieron que su poder y su imagen quedaban puestos en entredicho. Los niños llegaban a la escuela con sus libros debajo del brazo. Los maestros los miraban con desconfianza, pues se salían del esquema del texto escolar, frío y vacío de contenido que sin embargo les ofrecía la seguridad de lo conocido. Para estos profesores, la literatura era algo que desviaba la atención de sus alumnos. Más de una vez prohibieron los libros y hasta llegaron a decomisarlos. Al cabo del tiempo entraron en el juego y la escuela consiguió su propia biblioteca que solo abre cuando hay clases.

En el año 2008, algunos turistas, dueños de cabañas, pensaron que los libros ya no cabían donde Carmen Antonia. Entonces, compraron un lote y se ocuparon de la construcción de la actual sede de la biblioteca. La mano de obra fue puesta por los nativos. En este momento, se creó una verdadera comunidad. Los turistas se unieron con los nativos para hacer un frente común. Los unos mejoraban su educación y sus oportunidades, los otros se sentían seguros, protegidos por unos vecinos que apreciaban su aporte. Este fue el nacimiento de la biblioteca La Alegría, justo al lado de donde vivo. Esta unión de nativos y turistas transformó a la comunidad.

Hago una recapitulación de hechos, para ilustrar la transformación:

- La biblioteca La Alegría es estrictamente comunitaria. Es decir, no depende del Municipio, de la Gobernación, de ninguna ONG. No hay circulación de dinero. Es autosostenible, porque depende de la buena voluntad de muchas personas que no esperan remuneración. Es indispensable destacar que Carmen Antonia Ozuna ha trabajado de manera voluntaria a lo largo de los años. Los propietarios de las cabañas nos turnamos para pagar el servicio de Internet. Cuando es necesario, apoyamos el mantenimiento de la edificación.
- La biblioteca es el único lugar de encuentro comunitario en varios kilómetros de playa. Habitualmente se reúnen los niños y los jóvenes, quienes se forman como lectores y ciudadanos. También confluyen las madres de familia, las asociaciones de pescadores, los operadores turísticos y los turistas.
- En la biblioteca se promueven, como parte de las actividades creativas para niños y jóvenes, valores como el respeto por el bien ajeno, la conservación ambiental, la limpieza del entorno. Como resultado, es posible decir con orgullo que actualmente El Francés es una de las playas más limpias del país, y que no hay ni un solo joven delincuente, armado o drogadicto. Pocas comunidades pueden afirmar lo mismo. No hay grandes programas. Sí hay continuidad y profundidad en el tiempo. Esto marca la diferencia.
- En una playa, es necesario limpiar, barrer, sacudir, cuidar de la humedad. El trabajo es permanente. Carmen Antonia no puede realizarlo sola. Así que son los jóvenes quienes se ocupan de estas tareas. Saben que es su casa y la cuidan y protegen.

- Algo muy especial sucede con las llaves de esta biblioteca: circulan de mano en mano. Si alguien necesita hacer una tarea a las seis de la mañana o a las doce de la noche, Carmen Antonia entrega las llaves. Aunque hay equipos, instrumentos musicales, materiales, nada se pierde. La biblioteca es de todos y la confianza se paga con el cuidado del bien común. ¿En qué otro lugar del mundo hay llaves andariegas?
- Año tras años se gradúan los jóvenes que han crecido en esta biblioteca. Ya son muchos los que han accedido a estudios técnicos y universitarios. Si hace 20 años los jóvenes no sabían leer, hoy toman decisiones informadas y buscan, libremente, alternativas para mejorar la calidad de vida de sus familias.
- La colección infantil es de gran calidad. Buenos amigos, que seguramente hoy me están escuchando, se han hecho sentir donando buenos y abundantes libros. Deberían venir de visita y enorgullecerse de los ávidos lectores de todas las edades.

Por supuesto, como en todo proyecto, la biblioteca sueña con renovar los equipos y el mobiliario, pintar el interior y el exterior, hacer una terraza y una cancha deportiva, crear un espacio de primeros auxilios bien dotado. Sin sueños, no habría transformación posible.

Ahora, como siempre, las dudas me asaltan. ¿Qué pasará cuando Carmen Antonia y yo no seamos capaces de mantener el ritmo de trabajo voluntario? Los años pasan. Nos volvemos mayores. ¿Qué miembro de la comunidad continuará con el oficio de bibliotecario? Esta es mi mayor preocupación. El tiempo dará la respuesta. Por lo pronto, nativos y turistas hacemos una simbiosis creadora para que todos vivamos bien en El Francés.





